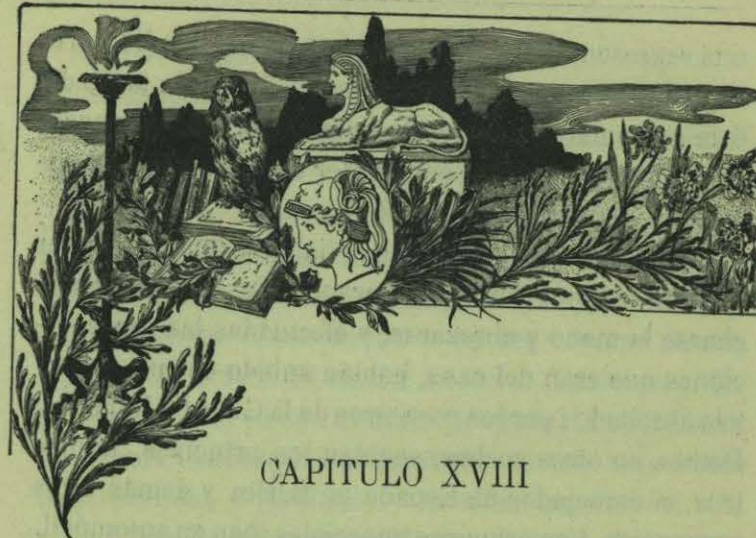


En 1917 podrá surcar los mares la flota alemana aumentada y transformada según los planes del emperador, es decir, formando cuatro escuadras con un total de cuarenta buques de línea, catorce grandes acorazados y treinta y ocho pequeños cruceros.

El emperador se ha preocupado grandemente de las construcciones navales, enterándose minuciosamente de la de cada uno de sus buques y atendiendo á que se aplicasen siempre los adelantos más modernos.

Posee vastos y sólidos conocimientos técnicos en esta materia, como lo demostró en la tercera asamblea ordinaria de la Sociedad de técnica de la construcción naval, celebrada en noviembre de 1901 en Carlotenburgo. Discutióse el tema de la instalación de la artillería en los buques de línea, y después que hubieron hablado el ponente y algunos especialistas, cuando se creía terminada la discusión y el presidente preguntó si alguien quería hacer uso de la palabra, levantóse el emperador, subió á la tribuna y pronunció un discurso en el que trazó un brillante resumen histórico del punto que se debatía, desde la época de las galeras, y examinó con gran suficiencia la nueva técnica de la construcción naval alemana.

No menos atención dispensa á la instrucción de las tropas de mar y al desenvolvimiento del mando de buques para el caso de guerra. Todos los años, cuando los reclutas de la armada prestan el juramento en Kiel y en Wilhemshaven, les dirige ardientes alocuciones que convencen á aquella juventud de la gran importancia del poder marítimo alemán.



CAPITULO XVIII

Visita de Alfonso XIII á Guillermo II. - En la estación de Potsdam. - Entrada solemne de Alfonso XIII en Berlín. - Recepción entusiasta. - La avenida de los Tilos. - Jura de banderas. - Cacerías. - Alfonso XIII, coronel del regimiento de Magdeburgo. - El 66 de línea. - La princesa María Antonieta de Mecklenburgo. - Vientos de revolución intelectual. - Serie de escándalos. - En busca de responsabilidades. - Campañas de insinuaciones. - Maximiliano Harden. - ¿Camarilla nefasta? - Guillermo II procura lavarse de toda solidaridad con los sospechosos. - La aristocracia y el ejército, víctimas de una crisis de sospecha. - Merma del principio de autoridad. - Campaña contra Guillermo. - Sus causas. - Famoso *interview* del *Daily Telegraph*. - Imprudentes declaraciones del kaiser. - Consternación de Alemania. - La «semana negra de la monarquía prusiana.» - Opiniones de la prensa conservadora. - Reuniones de protesta. - Ruidosa interpelación en el Reichstag.

Al Oeste de Berlín y al Sur de las sinuosidades que allí forma el río Spree, se extiende el inmenso y hermoso parque Thiergarten, nombre alemán que significa Jardín Zoológico. Lo atraviesa, casi de Este á Oeste, una ancha avenida, continuación de la carretera de Carlotenburgo, que termina, por el extremo oriental, en la puerta de Brandeburgo, entrada, por aquel lado, de la parte urbana de Berlín. Pasada la puerta de Brandeburgo, se entra en la plaza de París. En esta plaza,

una representación del municipio berlinés acudió á presentar sus respetos á don Alfonso XIII, en la tarde del 6 de noviembre de 1905, á la llegada del joven monarca español en su visita al emperador de Alemania. Su entrada revistió gran solemnidad.

En la estación de Potsdam le había recibido el kaiser con su séquito. Ambos soberanos, después de estrechase la mano y abrazarse, y efectuadas las presentaciones que eran del caso, habían subido en una carretela escoltados por los coraceros de la Guardia Imperial. Detrás, en otros coches, seguían los príncipes, ministros, el embajador de España en Berlín y demás altos personajes. Los príncipes imperiales iban en automóvil.

Tanto en la plaza de Potsdam como en la avenida del Thiergarten y demás puntos del trayecto, una gran multitud aclamaba á los soberanos.

La regia comitiva siguió por la *Unter den Linden* (1), la calle más hermosa de Berlín, que debè su nombre á las dos hileras de grandes tilos que alternan con castaños á cada lado de la amplia vía. Los magníficos edificios públicos y particulares que la embellecen, se hallaban aquel día profusamente engalanados.

Pasó el cortejo por delante del monumento de Federico el Grande, que se alza al extremo de la avenida, atravesó la plaza de la Ópera, que se abre en seguida, formando la continuación de la *Unter den Linden*, y llegó al palacio del emperador, situado en la esquina de una y otra.

En todo el trayecto, el joven monarca español fué saludado por la población berlinesa con vivas manifestaciones de simpatía.

(1) Bajo los Tilos.

Alfonso XIII, después de haberle hecho el kaiser los honores de la casa imperial de Berlín, en que descansó á su llegada, fué conducido al Palacio Nuevo de Potsdam donde se alojó con todo su séquito.

Potsdam, el Versalles de Prusia, hoy capital de regencia (1) y que tiene una población de unos sesenta mil habitantes, no era á principios del siglo XVII sino una miserable aldea envuelta en las brumas de las lagunas del Havel. El elector Federico Guillermo y los soberanos que, ya con el título de reyes, le sucedieron en Prusia, empezaron á construir en ese sitio castillos, parques y jardines, y la aldea se convirtió en ciudad importante y en residencia favorita de los monarcas.

El interior del palacio que albergó durante unos días al joven monarca español está exornado y amueblado con lujo, dominando en decorado y en muebles el estilo Luis XV. Al Oeste del regio alcázar se extiende un magnífico parque.

Conocido el carácter de Guillermo II y los gustos que en él predominan, á nadie extrañará que los principales números del programa combinado para festejar á don Alfonso fuesen una gran revista militar y un par de carcerías.

En la mañana del 7 de noviembre de 1905, el joven monarca español presenció la jura de banderas de los nuevos reclutas de la Guardia. El acto se verificó en la gran explanada del Lustgarten, frente al Palacio Real, desde uno de cuyos balcones lo presenció la emperatriz.

(1) Las municipalidades de Alemania, como las de Bélgica y Holanda llevan el nombre de regencia.

El espectáculo fué imponente, y á ello ayudó la esplendidez del día. Primero juraron los reclutas de infantería sobre sus banderas, luego los de caballería sobre sus estandartes, y, por fin, los de artillería sobre los cañones.

El kaiser terminó su alocución diciendo á los soldados: «El día de hoy debe dejar en vosotros un profundo recuerdo, pues habéis tenido la excelsa honra de que vuestro juramento fuera presenciado por el rey de España.»

Luego lanzó tres ¡hurra! que fueron calurosamente contestados, y todas las bandas militares presentes ejecutaron la Marcha Real española, y luego el Himno Imperial.

La cacería organizada en Doebritz el día 8, en obsequio á Alfonso XIII, se celebró con la etiqueta y aparato que rigen en todas las de la corte alemana. El traje para las damas es amazona, casaca roja y sombrero de tres picos; los caballeros visten botas de montar, casaca roja y gorra de terciopelo negro. Los monteros de palacio llevan grandes jaurías de magníficos perros.

El kaiser, el rey, la emperatriz, el príncipe imperial de Prusia y los príncipes Eitel-Federico y Adalberto, fueron en automóvil. Con el séquito del emperador fueron el canciller Bülow, varios miembros del gobierno y el príncipe de Plesses, muy afamado en la corte como cazador. Con el rey iban el duque de Sotomayor, el general Bascarán, el conde de San Román, los ayudantes, el doctor Ledesma y el duque de la Victoria, agregado militar de la embajada española. En total tomaron parte en la cacería doscientas personas, entre ellas, nueve damas.

Al llegar al campo, el emperador presentó al rey Al-

fonso las personas invitadas, que no le habían sido presentadas todavía. Después, los cazadores montaron á caballo y los monteros soltaron las jaurías, que inmediatamente rastrearon la caza.

La cabalgata se internó en el bosque en dirección al Este. El espectáculo era soberbio. El kaiser fué el primero de los cazadores que descubrió una res. Inmediatamente pusiéronse todos los expedicionarios en seguimiento de la pieza. Cuando los perros lograron sujetarla, don Alfonso fué el primero en tocar el *halali*, y el teniente, conde de Einhedel, clavó su lanza en el cuerpo de la res.

Todo el mundo regresó satisfecho de la batida, que había resultado muy interesante.

En 1905, Alfonso XIII era ya coronel honorario del regimiento de Magdeburgo. Á su primer paso por la ciudad de este nombre, al dirigirse á Berlín, el rey había ya saludado á su regimiento, pero quiso hacerle una visita oficial, que verificó el día 9 de noviembre.

Don Alfonso, que vestía el uniforme de coronel de su cuerpo, fué recibido en la estación por las autoridades civiles y militares, y aclamado en las calles. Una sección de dicho regimiento, que tiene el número 66, hizo los honores á la llegada. El rey visitó el campo de maniobras de Schrottdorf y el cuartel donde se alojan los soldados de su mando.

Allí le fueron presentados al coronel honorario los oficiales y también los veteranos del 66, y en el casino de los oficiales se celebró un almuerzo. Al final de éste llegó el kaiser, á quien se hicieron los honores correspondientes. Don Alfonso fué el que dió, para esto, las voces de mando en alemán.

Poco después, el kaiser y el rey salieron en el tren para Hanover, en cuyos campos tuvo efecto una gran cacería de jabalíes que se había organizado en obsequio del soberano español.

Por aquella época, la prensa europea, y particularmente los periódicos de Berlín, se habían ocupado de la probabilidad de que la duquesa María Antonieta de Mecklenburgo pudiera ser elevada por casamiento con don Alfonso á compartir con éste el trono de España.

Era, en efecto, una de las princesas casaderas de Europa, y por pertenecer á una familia soberana, tenía rango suficiente para ceñir una corona.

La duquesa María Antonieta reunía para el caso la circunstancia favorable de pertenecer á la rama católica (pues hay otra protestante) de la casa reinante del Gran Ducado de Mecklenburgo-Schwerin, uno de los estados autónomos del imperio alemán. Era, además, una belleza de puro tipo germánico, rubia y de ojos azules.

Hallándose su prima, la princesa Cecilia, esposa del kronprinz, retirada en el Palacio de Mármol de Potsdam, por su estado interesante, la duquesa María Antonieta fué allí á acompañarla en los mismos días de la estancia de don Alfonso, que tuvo, de esta manera, ocasión de conocerla y tratarla.

El rey habló por primera vez con la duquesa en la noche del banquete íntimo que se celebró en el Palacio Nuevo de Potsdam, al regreso de la cacería de Doebritz. Después María Antonieta de Mecklenburgo asistió á muchos de los actos que en la corte alemana se celebraron en honor de don Alfonso.

De algún iniciado en los secretos de la política del kaiser nació el rumor de que éste había concebido el proyecto de aliar las dos familias reinantes de España y Alemania por el casamiento de don Alfonso con la cuñada del kronprinz, y que la visita del joven monar-



La princesa Maria Antonieta de Mecklenburgo

ca español á Guillermo II estaba relacionada con aquel proyecto matrimonial.

Los acontecimientos han venido á demostrar que, á veces, la diplomacia propone y el amor dispone.

Mientras Guillermo consagra sus principales esfuerzos al acrecentamiento del poder naval de Alemania, soplan de todas partes, en el país agitado por la política, vientos de revolución intelectual, y los dogmas más respetables encuentran censores. Por otra parte, una serie

de escándalos aumentaba la indisciplina, serie que había empezado por la cuestión del Banco de Pomerania, en que el conde de Mirbach, mayordomo del palacio imperial, se vió comprometido por extrañas revelaciones sobre la contabilidad de las obras de beneficencia que pratrocina.

Poco tiempo después, el nombre del ministro de Agricultura, señor de Podbielski, se ve mezclado en una sospechosa historia de abastecimientos coloniales.

En otoño de 1906, los periódicos, comentando estos incidentes, buscan responsabilidades, y mientras unos las atribuyen al príncipe de Bülow, otros insinúan que Guillermo II es juguete de una camarilla, y que hay, junto al trono, un Estado dentro del Estado, un gobierno contra el gobierno. La deferente Alemania se siente irrespetuosa.

La estafa del capitán Kœpenick provoca una homérica carcajada y una jovial revolución contra el prestigio del uniforme. Y todas las manifestaciones de censura obtienen un éxito alarmante de publicidad y de favor público.

Dan sucesivamente pábulo á la murmuración y á la crítica: la aparición de las *Memorias* de Hohenlohe, con la réplica imperial que su publicación provoca; la dimisión del príncipe Alejandro de sus funciones de prefecto de Colmar, con sus explicaciones sobre el derecho de los alemanes á juzgar los actos del emperador; la publicación del sensacional libro del conde de Roventlow: *El emperador Guillermo II y los bizantinos*, curiosa diatriba contra el servilismo de los cortesanos, y contra el abismo abierto entre el pueblo y el monarca; la aparición del folleto *Nuestro emperador*

y su pueblo, en que su autor anónimo señala la bancarrota de la nueva política.

Reina en todas las esferas sociales del imperio una impresión de malestar y de inseguridad, impresión agravada por la extraña atmósfera de escándalo en que vive Alemania.

Un mal actor convertido en periodista terrible, Maximiliano Harden, antiguo instrumento y defensor de Bismarck, y recientemente inspirado por Holstein, empieza en la *Zukunft* una campaña de insinuaciones con una doble tendencia personal y política, dando á entender que varios altos personajes políticos, como el príncipe Felipe de Eulenburg, exembajador en Viena, el conde Kuno de Moltke, gobernador militar de Berlín, y otros, se entregan á una forma de amistad masculina no justificada por ciertos ejemplos de la antigüedad.

Harden declara que si toca tan delicada materia es por patriotismo y porque esos hombres, agrupados en torno del emperador, constituyen una camarilla nefasta para la política alemana.

Guillermo II, bruscamente enterado por el kronprinz, se apresura á buscar los medios de lavarse de toda so-



Von Podbielski, ministro de Agricultura

lidaridad con los sospechosos. Durante algunas horas, reina verdadero pánico en palacio, y durante un mes el patriotismo alemán pasa por el profundo dolor de ver reveladas taras indiscutibles; de oír gritar «¡Viva Harden!» al paso del kronprinz; de ver á la aristocracia y al ejército, víctimas de las generalizaciones de la muchedumbre, denunciados ante el país por los extravíos de unos pocos.

Después de esta crisis de sospecha, la opinión pública continúa, durante algún tiempo, experimentando las sacudidas de una especie de agitación nerviosa. Un inconsciente rencor se eleva del pueblo hacia el trono, como si se acusase al soberano de no haber sabido elegir á sus amigos ó de no haberlos sabido defender.

El prestigio de la autoridad queda minado. Un desequilibrio moral entrega la Alemania á las sorpresas y expone el poder imperial á las represalias de la indisciplina.

Los accesos de cólera que estallan con frecuencia y de improviso contra Guillermo, son una de las manifestaciones del espíritu público alemán. El temperamento del soberano sirve de pretexto. La personalidad del emperador, que domina las funciones de rey constitucional, tan pronto inquieta como irrita al pueblo.

Guillermo II tiene un concepto optimista de la vida; por esto mide mal la consideración que se ha de conceder á la importancia de las cosas. Sus ojos grises, de un gris de acero, á pesar de hallarse acumulada en ellos la hereditaria costumbre de mirar á los hombres de frente, no para el placer sino para la utilidad, discernen mal las ideas que á éstos mueven y las intenciones que ocultan.

Guillermo II tiene un temperamento de orador, y habla unas veces como rey de Prusia y otras como emperador de Alemania, porque no debe olvidarse que reúne estos dos títulos. Y cuando los prusianos aplauden, los alemanes protestan, y recíprocamente. Se le acusa de malgastar la herencia de confianza ganada por sus ascendientes; y es que con una mano da al imperio lo que con la otra quita á Prusia. Se le acusa también de haber disipado el capital de gloria adquirido en 1870, cuando lo que ha hecho ha sido monetizarlo.

Una contradicción, expuesta por Bismark, mina á Hohenzollern, que se queja de los males de la época en estos términos: «El espíritu de desobediencia se introduce en este país. Empléase un océano de tinta de imprenta y de papel para velar las vías que son y deben ser claras á los ojos de cualquiera que me conozca y conozca mis principios.»

Guillermo II es objeto de una «literatura» considerable. Se le consagran millares de folletos tan ligeros como perjudiciales, y centenares de voluminosos tomos en octavo. La prensa periódica se ocupa de él casi á diario, y desde hace veinte años es el blanco de las mismas críticas. Es una verdadera campaña, que tuvo su periodo álgido en noviembre de 1908, pues toda Alemania se alzó entonces contra él. ¿Por qué? Los hechos nos lo explicarán.

El 28 de octubre de 1908, el *Daily Telegraph* publicó un artículo titulado: *El emperador de Alemania é Inglaterra*. Durante su permanencia en Londres, Guillermo II había hablado con diferentes personajes ingleses sobre las relaciones de ambos países, sobre el estado de la opinión pública alemana y sobre sus disposiciones personales respecto á Inglaterra.

«No puedo menos de repetir, dijo, que soy amigo de Inglaterra. Pero, en mi país, los que abrigan estos sentimientos son una minoría. Yo procuro con todas mis fuerzas y por todos los medios mejorar nuestras relaciones.»

Y para atraerse la gratitud del pueblo inglés, reveló que el estado mayor alemán había proporcionado un plan de campaña para la guerra contra los Boers. Ciertas insinuaciones hábilmente hechas por el inteligente *interviewer* eran propias para producir tirantez de relaciones entre Inglaterra, Francia y Rusia.

La publicación de este documento sumió Alemania en la consternación. Ante la burla general de Europa, su resignación irritada se trocó pronto en ruidosa cólera. La oficiosa *Gaceta de la Alemania del Norte* quiso calmarla con explicaciones, ó desviar al menos su curso. «Un amigo inglés», creyendo que aquellas declaraciones ejercerían una influencia favorable en las relaciones angloalemanas, dió á las diferentes conversaciones de que había sido confidente la forma de un *interview* que sometió al examen y aprobación previa de Guillermo II.

Éste envió el manuscrito al príncipe de Bülow é hizo depender su aprobación ó su desaprobación del juicio del canciller. Esto era constitucional. Pero el príncipe se hallaba de vacaciones, y el manuscrito, que estaba escrito en inglés, fué remitido al ministerio. Un oficial del negociado lo leyó y aprobó. La cancillería devolvió el escrito al emperador sin objeción alguna. El soberano lo refrendó, y estalló la bomba.

Los órganos de la cancillería calificaron aquella publicación de «grave error.» Repitieron con singular in-

sistencia que el canciller, único responsable, la hubiera desaconsejado, si hubiese leído él mismo el artículo. El príncipe de Bülow ofreció su dimisión, acentuando así la gravedad del asunto. El emperador no quiso aceptarla y partió para Danaueshingen á cazar raposas.

Tan pronto como el kaiser hubo salido de la capital empezó contra él una violenta campaña periódica, que duró una semana, llamada «la semana negra de la monarquía.»

El emperador había amparado al canciller, pero nadie amparó al emperador. Los órganos de todos los partidos se mostraron implacables. Hubo violentísimos ataques contra el absolutismo, contra el gobierno personal de Guillermo II. Sacáronse á relucir todos los errores y todos los fracasos de la política alemana, atribuyéndolos principalmente al carácter del soberano.

Los órganos conservadores se alarmaron al extremo de atreverse á dar consejos. El *Reichsbote*, periódico á las órdenes de la emperatriz, decía: «Esas cacerías contra las raposas y esas comidas campestres se han repetido, por una desdichada coincidencia, en este mo-



El canciller Bülow

mento de crisis. En los tiempos antiguos y de más sencillez, entre los pueblos no civilizados, el régimen personal absoluto del príncipe sentaba bien, aunque degeneraba á menudo en tiranía y en desorden; pero, en nuestros tiempos, más complicados, un régimen personal absoluto es imposible, aun para el soberano de mejores dotes. *Esto no puede seguir así.*»

El agresivo Harden sacó de estas insinuaciones tímidas y respetuosas esta atrevida conclusión. «¿El emperador y rey, quiere renunciar á la corona? Que no se haga ilusiones. Todos sus súbditos le son ahora contrarios.»

De Norte á Sur, en todo el imperio, se organizaron espontáneamente centenares de reuniones de protesta. Desde aquel día, existió la opinión pública en Alemania, y en esta ocasión se manifestó con una intensidad sorprendente.

Los socialistas no fueron los únicos en denunciar los peligros de la política del gobierno personal. Los conservadores hicieron publicar, en los órganos del partido, una declaración invitando al emperador á mostrarse más discreto y más reservado.

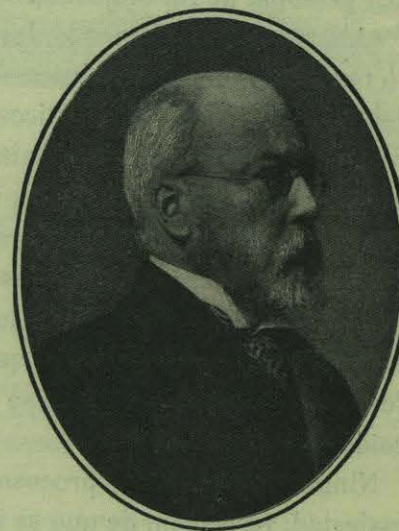
Los radicales y los liberales, reunidos en gran número de poblaciones, adoptaron resoluciones casi idénticas.

En fin, cuando esta primera avalancha de reconvencciones y diatribas hubo aliviado los corazones y los espíritus, el *Leipziger Tageblatt*, periódico nacionalista liberal, sacó del incidente esta lección digna de ser recordada: «La prensa alemana, en las circunstancias actuales, ha cumplido con su deber. Ha dicho que la política del emperador de Alemania no es la política del pueblo alemán y se ve hoy desgraciadamente obli-

gada á perdonar al extranjero muchas cosas que hasta ahora parecían mala voluntad. Al Reichstag toca ahora cumplir con su deber y velar para que no se le convierta en una parodia de Parlamento.»

La prensa liberal orientó las esperanzas del pueblo hacia la representación nacional. Le recordó sus derechos constitucionales y le alentó á expresar la emoción, la incertidumbre y la desconfianza que se había apoderado de Alemania, de un modo tan claro que al emperador le fuese imposible ignorar por más tiempo la situación. Y si el conflicto entre la corona y el pueblo no recibía una solución conforme á las exigencias del Reichstag, éste debía negar todo subsidio al absolutismo. Si la constitución era impotente para preservar los bienes más sagrados de Alemania, había que cambiarla. Podía ser suficiente para un Bismarck y para el viejo emperador en quien todo el mundo tenía una confianza sin límites. Habían llegado tiempos nuevos en que el apoyo de las instituciones era necesario á los hombres encargados de los destinos del imperio.

Anuncióse una interpelación en el Reichstag, y ésta tuvo efecto el 10 y el 12 de noviembre. Cada partido ha-



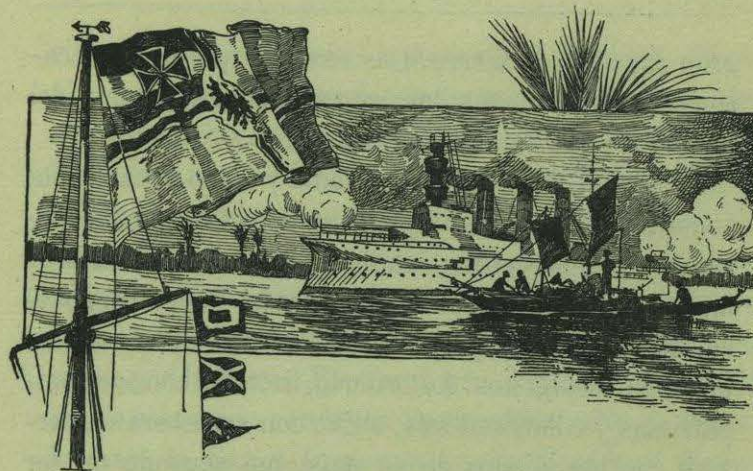
Von Hertling, *leader* del Centro

bía delegado un orador en la tribuna. Todos abrigaban unos mismos sentimientos. Guillermo II fué combatido sin miramiento alguno. Los oradores expusieron los perjuicios causados al buen nombre de Alemania, á sus intereses, á la idea misma de la monarquía por la política personal de Su Majestad.

«Ahora comprendemos la desconfianza del extranjero respecto á nuestra política—decía Hertling, *leader* del Centro y uno de los políticos más considerados de Alemania. Hemos hablado de aislamiento, pero tenemos ahora la impresión de que con nuestra política es con lo que nos hemos creado adversarios.»

Para encontrar, en los anales del régimen parlamentario, sesiones que recuerden las de noviembre de 1908 en el Reichstag alemán, hay que acudir á los días de revolución triunfante en que se pisotea á los soberanos caídos.

Ningún periódico fué procesado por crimen de lesa-majestad, acusación de que se solía usar y abusar antes de estos acontecimientos. La justicia hubiera tenido que empezar por perseguir á todos los oradores del Reichstag; y retrocedió ante la enormidad de la empresa. Este es uno de los hechos más sugestivos de «la semana negra de la monarquía prusiana.»



CAPITULO XIX

¿Qué hubiera hecho Bismarck? — Venganza póstuma del cancler de hierro. — Historia de su dimisión. — Los enemigos de Guillermo II. — Transformación del imperio alemán. — Guillermo II, emperador del mercado mundial. — Guillermo II y M. Roosevelt. — Una conferencia histórica. — Muerte de Eduardo VII de Inglaterra. — Sus funerales. — Guillermo II en Londres. — Una comida de magnates. — Reciente enfermedad de Guillermo. — Sus consecuencias.

En todas las horas de inquietud y de incertidumbre, surge una pregunta en la prensa, en las asambleas políticas, en los salones y en los cafés de Alemania: ¿Qué hubiera hecho Bismarck?

Este llamamiento incesante al gran difunto no brota solamente del corazón de un pueblo que tiene puestos los ojos en las páginas más gloriosas de su historia á la cual pide enseñanzas. Es también, y sobre todo, en su espíritu, una expresión de desconfianza respecto á los encargados de continuar los tiempos heroicos; una señal de despego para con el Hohenzollern cuya actividad febril pretende asumir por sí sola la tarea difícil de orientar el imperio por sendas nuevas y pacíficas.

Mucho se ha escrito sobre la dimisión impuesta al